

Es sorprendente la coincidencia entre el pensamiento de Engels y el expuesto por González del Valle, casi cincuenta años antes, que señala «la forma y manera en que ha de manifestarse la inconformidad del creador cuando recoge en su obra una realidad injusta y cruel». Las palabras de González del Valle, que traducen el pensamiento de Del Monte, revelan una posición clave para examinar y evaluar las obras literarias que surgieron de las tertulias que celebraba el crítico, sobre todo las que se refieren directamente a la problemática de la esclavitud, como las que en estas páginas hemos examinado.

Sutiles deslindes requiere esta novela que ubicamos a medio camino entre el romanticismo y el realismo, no por el afán ecléctico del autor, sino por las particulares condiciones económico-sociales de la Cuba de su época y de la cultura colonialista que pesaba sobre esta isla caribeña, que la mantenían bajo normas enajenantes. Los contactos y coincidencias que observamos en las obras hasta aquí analizadas muestran «hasta dónde era común para aquella generación de narradores, la visión artística y la realidad social, en virtud del coherente catalizador de las tertulias de la casa de Del Monte». ⁴² De este modo, como explicara Ambrosio Fomet, «Cuba llegó tarde a la independencia; en cambio, dio la primera narrativa original y coherente de la literatura hispanoamericana». ⁴³

No incorporamos a este estudio la más valiosa novela cubana del siglo XIX, *Cecilia Valdés*, considerada siempre como alegato antiesclavista. El caso merece explicación adicional. Su autor, Cirilo Villaverde (1812-1894) formaba parte de las tertulias delmontinas desde sus inicios en 1834; una de sus primeras obras, *El espetón de oro*, brotó a sugerencias del mismo crítico. Sin embargo, el germen de su novela magna *Cecilia Valdés* no está integrado a la corriente narrativa antiesclavista que emergió de las propias tertulias. Porque hemos de distinguir entre la *Cecilia Valdés* que apareció publicada en 1839 y la que se editó en New York cuarenta años después, en 1882. En el mismo año en que Suárez concluía su *Francisco* y el inglés Madden preparaba su regreso a Londres portando aquellas obras que se proponía publicar en Inglaterra como contribución a la campaña abolicionista, aparecía en la revista literaria habanera *La Siempreviva* un breve relato en dos partes titulado *Cecilia Valdés*, que constituye un bosquejo en forma de cuento de la novela que apareció el propio año de 1839, en la Imprenta Literaria de Lino Valdés, dividida en ocho capítulos, a la que siempre nos referimos como «la primera parte de la novela». Esta obra la compuso Villaverde a solicitud de su amigo Manuel del Portillo, quien le pidió que escribiera «un artículo de costumbres cuyo asunto fuese las ferias del Angel» que se celebraban cada año en los alrededores de la habanera iglesia de este nombre. Esta «primera parte» de *Cecilia Valdés* se caracteriza por su indudable óptica costumbrista; en ella no percibimos ningún rasgo que descubra una intención antiesclavista, por lo que no puede incluirse en la etapa primigenia de esta corriente narrativa. Cuando concluye la redacción completa de su obra en 1879, durante su destierro estadounidense, a cuarenta años de aquella primera parte, Villaverde enfoca la sociedad colonial en su totalidad y subraya la importancia indudable que poseía

⁴² Imeldo Alvarez García: «La prehistoria del cuento en Cuba». En *La Gaceta de Cuba*, no. 103. La Habana, may.-jun. 1972.

⁴³ Ambrosio Fomet: *Antología del cuento cubano y contemporáneo*. México, Ediciones Era, 1967, p. 9.

la problemática esclavista en el período en que desarrolla su relato, entre 1812 y 1831. En la versión completa y definitiva de 1882, los rasgos realistas son más firmes, las pinceladas costumbristas constituyen elementos subordinados a la intención totalizadora del autor, la visión social es más crítica y la cuestión esclavista —que ya en ese año de 1882 está en vías de liquidación— está inserta en el amplio mural histórico que se despliega ante nosotros. Con razón afirmó Enrique José Varona:

Lo que había de ser, en la primera intención, mera novela de costumbres, se convirtió, por la intensidad de la emoción, la riqueza de los recuerdos y la profundidad escrutadora de la mirada del artista patriota, en evocación maravillosa, en exteriorización palpitante de la vida íntima de un grupo humano.⁴⁴

Por otra razones tenemos el criterio de que tampoco debe ser incluida en un estudio sobre «la primitiva narración antiesclavista en Cuba» la novela *Sab* (1841), que en España publicó la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). El desarrollo «ex-céntrico» de la producción literaria de la relevante escritora desliga de cierta manera esta novela de la primigenia narrativa antiesclavista que surge en torno a las tertulias delmontinas, no obstante ciertas coincidencias verdaderamente sorprendentes. La joven peregrina que redacta las páginas de esta novela evocando los recuerdos de su lejana tierra natal a partir de sus muy recientes e inmediatas lecturas de autores románticos, percibe su situación de mujer de radicales ideas, que choca con las estrictas normas de la sociedad española, como muy semejante a la sometida condición del esclavo de origen africano. Crea al mulato esclavo Sab a tenor con las normas europeizantes del «noble salvaje». Pero diversos elementos incluidos en la novela subrayaban su carácter antiesclavista, por lo cual se impidió que circulara aquella edición primera en Cuba, aunque la imagen artificial de Sab deviene figura exótica transformada a virtud del impulso romántico de la Avellaneda.

Sin embargo, entra muy adecuadamente en los límites de nuestro estudio el relato breve «El ranchador», según parece escrito en 1839 por Pedro José Morillas (1803-1881), que fue publicado diecisiete años después en la revista *La Piragua* (1856) dirigida por Joaquín Lorenzo Luaces y José Fornaris. Desconocemos la génesis de esta «noveleta». Su protagonista es un «ranchador», como llamaban a los que se dedicaban a perseguir a los cimarrones y cobraban por sus servicios. Las «hazañas» de este individuo transcurren en las zonas montañosas de la zona occidental de la Isla, por lo que está vinculado el relato con el «Diario de un ranchador», que copió Cirilo Villaverde, publicado muy recientemente en la *Revista de la Biblioteca Nacional «José Martí»*.⁴⁵ Pero el ranchador de Morillas persigue a los cimarrones impulsado sobre todo por deseos de venganza, no por dinero, como Francisco Estévez, el autor del *Diario* copiado por Villaverde; no es, por tanto, una figura tan criminal y repulsiva. Como expuso Ambrosio Fornet: «este implacable relato introdujo la crueldad y la violencia de la lucha de clases en la literatura cubana». El joven lucumí que enfrenta al ranchador llamado «el bayamés» asume una postura radicalmente distinta a las figuras del esclavo dócil y sumiso como Manzano y Francisco: combate por su libertad con las armas en la mano.

⁴⁴ Enrique José Varona: «El autor de Cecilia Valdés». En Cuba en la Unesco, *Homenaje a Cirilo Villaverde*, de La Habana, 1964, p. 101.

⁴⁵ Ambrosio Fornet: *ob. cit.* (43), p. 9.

Este panorámico estudio de la primitiva narración antiesclavista en la literatura cubana pone de relieve cómo estos autores se adelantaron a otros narradores hispanoamericanos en el tratamiento de los problemas esenciales de sus países respectivos. Las explosivas tensiones que latían en la sociedad colonial cubana a mediados del siglo XIX hallaron su representación literaria mediante estas narraciones que constituyen los cimientos firmes de la mejor narrativa hispanoamericana de la pasada centuria.

Salvador Bueno



VISTA DEL TEATRO DE TACÓN DE LA HABANA. 1841. 11,3 × 17,3 cms.